Lynn Picknett
y Clive Prince

LAS MÁSCARAS DE CRISTO

DETRÁS DE LAS MENTIRAS SOBRE LA VIDA DE JESÚS

OCULTURA

BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA

Gary Lachman

LAS MÁSCARAS DE CRISTO

DETRÁS DE LAS MENTIRAS SOBRE LA VIDA DE JESÚS

Ediciones Luciérnaga

OCULTURA

BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Masks of Christ. Behind the Lies and Cover-ups about the Man Believed to be God*
© Lynn Picknett y Clive Prince, 2008. Todos los derechos reservados.
© de la traducción: Carme Font, 2017

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño
Área Editorial Grupo Planeta
Imágenes de cubierta © Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2017

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-73-0
Depósito legal: B. 15.209-2017

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

SUMARIO

Agradecimientos 9
Introducción 11

1. **Entre líneas** 21
2. **El hombre que nunca existió y el Cristo que nunca debió existir** 93
3. **¿Nacido de una virgen?** 123
4. **«Sumamente conmovidos»** 161
5. **El hombre detrás de la misión** 203
6. **Señales y milagros** 247
7. **Los rivales de Cristo** 301
8. **El camino a la cruz** 361
9. **De Jesús a Cristo** 411
10. **La última revelación** 457

Bibliografía 501
Índice onomástico 513

1

ENTRE LÍNEAS

A pesar de ser uno de los personajes más amados e influyentes de la historia, Jesucristo se muestra curiosamente esquivo. Nuestra misión de descubrir la verdad sobre el maestro del siglo I en Palestina, del que todavía millones de personas creen que es nada más y nada menos que la encarnación de Dios, se ve seriamente obstaculizada por la escasez de fuentes fidedignas sobre él. El propio Jesús no dejó testimonio escrito, ni tampoco lo hicieron los principales testigos de su vida y su trascendente muerte. Para ser una persona tan destacada, su existencia pasó curiosamente inadvertida.

Disponemos de una colección de escritos que aseguran ser relatos fidedignos de la vida de Jesús: los más conocidos son los cuatro libros del Nuevo Testamento o Evangelios (canónicos) según Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Pero son de hecho una cacofonía de voces distintas, así como el resultado de ediciones posteriores y añadiduras a lo largo de los siglos. Aunque es muy probable que partes de testimonios coetáneos de Jesús estén incluidas en estos primeros textos, la tarea de retirar las capas de mito y propaganda (todo hay que decirlo) acumuladas con el paso de los años no es en absoluto tarea fácil.

Sumergirse y cavar

Ni siquiera existen restos arqueológicos que compensen la falta relativa de testimonios escritos. No es de extrañar que el Estado moderno de Israel sea un imán de turismo cristiano. ¿Qué devoto

de Cristo no querría seguir sus pasos por el mar de Galilea, o revivir el terrible trayecto desde Jerusalén hasta el monte Gólgota, el lugar del Calvario en el que Jesús murió en la cruz? Pero con los numerosos emplazamientos del mapa turístico cristiano —como la iglesia de la Natividad en Belén y la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén— el vínculo es puramente tradicional. Por desgracia —y para muchos cristianos resulta sin duda un dato sorprendente— no existen datos que den fe de que alguno de estos lugares concretos guardara realmente alguna relación con Jesús. Todos ellos son dudosos, y probablemente sean un fraude.

El problema con aceptar cualquiera de estos lugares como genuino es que no podemos obviar el hecho de que se produjo un importante desplazamiento y discontinuidad de núcleos de población en esa zona desde la época de Jesús hasta la llegada de los primeros peregrinos en el siglo IV, después de que el cristianismo pasara a ser la religión oficial del Imperio romano. Cuando los romanos neutralizaron dos levantamientos judíos, entre los años 66-70 d. C. y 132-135 d. C., ciudades y pueblos enteros se vieron diezmados por las masacres o la esclavitud. Así que o bien alguien se acordaba de ellos, trescientos años después de que ocurrieran estos sucesos, o simplemente trataban de sacar unas monedas a los primeros turistas cristianos.

Aparte de las dudas que suscitan estos emplazamientos tradicionales, algunos descubrimientos arqueológicos pueden relacionarse directamente con la vida de Jesús, aunque ninguno de ellos ofrece pruebas concluyentes de ello, y aunque así fuera, pocos añadirían información valiosa sobre lo que ya sabemos. Por ejemplo, en la década de los sesenta hubo varias excavaciones en la zona que rodea la antigua sinagoga de la ciudad de Cafarnaúm (la moderna Kefar Nahum), a orillas del mar de Galilea, donde, según tres de los evangelios, Jesús empezó a predicar y a reclutar a sus primeros discípulos. Los arqueólogos levantaron los cimientos de distintas casas de pescadores de la zona pertenecientes a ese mismo periodo (lo cual no constituye ninguna revelación, puesto que se trata de una localidad cercana a un lago). Se construyó una iglesia cristiana en una de esas viviendas en el siglo V, unos cuatrocientos años después de la época de Jesús. Las

inscripciones grabadas sobre yeso indicaban que los creyentes estaban convencidos de que la iglesia se había erigido en la misma vivienda de Pedro, el discípulo que, según el Nuevo Testamento, estaba más cercano a Jesús.

Sin embargo, todo esto nos indica que cuatro siglos después de que Pedro viviera los cristianos de la zona creían que esa era su casa. Ignoramos por qué eso es así, y por tanto resulta imposible dilucidar si estaban en lo correcto o no.

Cafarnaúm había quedado literalmente destruida por dos revueltas judías, y fue repoblada con posterioridad. Los cristianos del siglo V pudieron haber elegido una de las casas sobre la base de lo que se cuenta en el Evangelio, según el cual la vivienda de Pedro estaba cerca de la sinagoga.

Algunas de las afirmaciones más llamativas basadas en hallazgos arqueológicos tienen que ver con osarios, las cajas de piedra o arcilla utilizadas por los judíos del siglo I para conservar los huesos de sus muertos. Debido a una falta de espacio, enterraban a los cadáveres amortajados en una tumba durante un año, hasta que la carne se descomponía, y luego guardaban los huesos en un osario que colocaban en un panteón familiar, normalmente una cueva.

Las últimas décadas del siglo XX fueron testigo de varias informaciones espectaculares sobre osarios que guardaban algún tipo de relación directa o indirecta con Jesús. Algunas de estas evidencias eran de naturaleza arqueológica; otras surgieron en el seno del negocio de las antigüedades —aunque estos objetos siempre se tratan con cuidado y es esencial aportar datos sobre su procedencia.

No es de extrañar que los descubrimientos más llamativos sean los que se supone contienen los huesos de Jesús, ya que, si se confirmara que son ciertos, esto no sólo demostraría la existencia física de Jesús, sino que también socavaría la razón misma por la que tiene un peso tan importante en la historia. Puesto que se supone que se sobrepuso a la muerte al resucitar en su tumba y aparecerse a varios de sus seguidores antes de ascender al cielo, el descubrimiento de su cuerpo enterrado acabaría con la religión fundada en su nombre.

Se han descubierto varios osarios a lo largo de los años que llevan inscrito el nombre de Jesús (o Yeshua), e incluso el de Jesús, hijo de José. No debería extrañarnos: según algunas fuentes, Jesús era entre el tercer y sexto nombre de varón más popular,[1] y José era el segundo más común, así que encontrar a un José con uno de sus hijos que se llamara Jesús no es una rareza.

En el año 2002, otro osario que fue a parar a manos de un marchante de antigüedades israelí levantó un gran revuelo, puesto que en él había la siguiente inscripción: «Jacobo, hijo de José, hermano de Jesús». Aunque su procedencia es incierta, varios indicios, como el estilo de la escritura y las pruebas de laboratorio, apuntan al hecho de que el osario pudo haber sido del año 60 d. C., cuando se cree que murió el hermano de Jesús, Jacobo. Sin embargo, el marchante Oded Golan y otras tres personas fueron acusados de formar parte de una banda que llevaba veinte años falsificando antigüedades, y se dijo que el osario en cuestión era una de sus falsificaciones. El caso sigue abierto en el momento de la publicación de este libro.

Como Jacobo, José y Jesús eran nombres muy comunes, nunca sabremos a ciencia cierta si la inscripción se refiere a los personajes bíblicos. Aunque así fuera, sólo confirmaría lo que ya sabemos a partir de las fuentes escritas: que Jesús existió y que tenía un hermano llamado Jacobo.

Pero en febrero de 2007 otro descubrimiento de un supuesto osario de Jesús provocó una reacción casi igual de sísmica en todo el mundo, no sólo porque fue defendido por el «oscarizado» director de cine James Cameron, sino también porque, por fin, parecía que se reunían pruebas concluyentes de que la caja contenía los huesos de Jesucristo. Pero ¿podía ser cierto? Para empezar, a pesar del clamor repentino de los titulares, el descubrimiento se había realizado en 1980 y fue protagonista de un documental de la BBC en 1996. Se alegaba que los datos y análisis posteriores habían descubierto pruebas de una conexión de estos restos con Jesús. Nos referiremos al osario «Talpiot» más adelante cuando tratemos el tema de la resurrección de Jesús, por

1. Véase Thiede, *The Cosmopolitan World of Jesus*, p. 50; Huggins, p. 5.

ahora sólo diremos que los argumentos en defensa de su autenticidad contienen erratas graves e incluso embarazosas.

A lo largo de la historia de la cristiandad se han oído todo tipo de afirmaciones sobre objetos supuestamente vinculados a Jesús o a otros personajes de los Evangelios (reliquias sagradas) que han sobrevivido al paso del tiempo: fragmentos de la cruz en la que Jesús fue crucificado, los clavos y restos de la corona de espinas, etcétera. Sin embargo, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que todas estas supuestas reliquias eran falsificaciones que circulaban entre los peregrinos crédulos que tenían más dinero que sentido común. En el apogeo del comercio de reliquias en la Europa de la Edad Media y el Renacimiento temprano, había montones de blusones de Nuestra Señora, al menos media docena de prepucios del niño Jesús y un montón de astillas de la «vera cruz» que habrían llenado la explanada de una maderería. A medida que aumentaba la locura por las reliquias, los monasterios y las catedrales pugnaban entre sí por hacerse con el objeto más impactante.

No obstante, aunque diéramos con reliquias auténticas, estas no serían de gran utilidad para nuestras pesquisas. Incluso en el caso de que pudiéramos fechar un pequeño fragmento de la cruz o un clavo en el siglo I, no habría garantías de que fuera el utilizado en la ejecución de Jesús. Tampoco nos ofrecería confirmación alguna de que los hechos que recogen los Evangelios ocurrieron en realidad, o cualquier otra información útil al respecto.

Algunos sostienen que el sudario de Turín es la única pieza tangible que nos vincula con la época de Jesús. Sin embargo, tal como hemos demostrado en nuestro libro *El enigma de la Sábana Santa* (1996), existe una gran cantidad de datos que apuntan hacia el hecho de que el sudario es una falsificación: es la mejor que se haya hecho nunca.

Pablo, el creador de Dios

Al parecer, Jesús no escribió nada. No sólo no tenemos nada que pueda atribuírsele a él, sino que ningún comentarista cristiano

(evangelista o padre de la Iglesia) se refiere al hecho de que Jesús plasmara sus enseñanzas por escrito. Se le describe únicamente como un maestro que habla a los demás, tanto en sesiones privadas con su círculo íntimo de discípulos como en público.

Aquí no acaba todo. Tampoco existen escritos fechados en época de Jesús o en años inmediatamente posteriores a él, aunque sus discípulos más cercanos y los que se unieron al movimiento años después de su crucifixión habrían contado o escrito relatos sobre él en un esfuerzo por difundir sus enseñanzas. Estos recuerdos orales y escritos quedaron recogidos en los cuatro Evangelios y otros escritos cristianos. Pero como no disponemos de las fuentes originales, y lo que tenemos se ha ido modificando con el paso de los años, sería un error creer la información de estos textos a pies juntillas. No obstante, con un dedicado trabajo de investigación se puede saber cómo serían los originales y tasar el material del que disponemos.

Puede parecer increíble, pero las primeras escrituras cristianas que se conocen son de alguien que no sabía nada de Jesús ni quería saberlo. San Pablo, el perseguidor transformado en zelote, creó una nueva y poderosa religión en el nombre de un hombre que nunca conoció, interpretando su vida y su misión con su particular estilo vívido y místico, rehaciendo así a Cristo a su imagen y semejanza. Aunque hoy en día la versión de Pablo es la única que practica la cristiandad en todo el mundo, en su época no fue en absoluto la única interpretación del mensaje de Cristo.

Las cuatro cartas, las epístolas de san Pablo, están fechadas entre finales de la década de los cuarenta y principios de los sesenta del siglo I. Su Epístola a los Gálatas, escrita entre los años 48 y 54, suele aceptarse como la más antigua que se conoce de las escrituras cristianas. Las cartas (o epístolas) son sólo una pequeña parte de la producción de Pablo, y para un lector moderno resultan sumamente frustrantes, ya que no se esfuerzan por describir a Jesús, el hombre, o su biografía.

Pablo fue un predicador fanático y misionario del nuevo movimiento espiritual o secta (aún no era una religión propiamente dicha) que se daba en llamar «el Camino», una descripción habi-

tual de muchos movimientos religiosos de la época que carece de un significado excepcional. (La denominación «cristiano» aún estaba por acuñar. Según los Hechos de los Apóstoles, se empleó por vez primera entre los creyentes de Antioquía en Siria, y posiblemente se tuviera por un insulto.)

Durante sus viajes por todo el Imperio romano, especialmente su franja mediterránea, predicando el «camino», Pablo ganó conversos y organizó redes de grupos locales o «ecclesia». Con una excepción, que se refiere a un asunto personal, las epístolas de san Pablo tratan de cuestiones organizativas, administración y disciplina —animando, exhortando, censurando y reprochando—, además de abordar cuestiones espinosas sobre la nueva fe.

Escribió en griego, la lengua habitual de la mitad oriental del Imperio romano después de que los romanos tomaran posesión de las naciones conquistadas por el griego Alejandro Magno. Concretamente, Pablo utilizó la variante dialectal del griego llamada *koiné,* hablada por una amplia base de personas como segunda lengua; cuando aparecieron los Evangelios, estos también estaban escritos en koiné.

Como el papiro sobre el que Pablo escribió era muy frágil, ninguno de sus escritos originales ha llegado hasta nosotros, pero sus cartas no tardaron en ser recopiladas y copiadas. No obstante, el concepto de autoría era muy distinto en el siglo I, y los sucesores de Pablo, por mucho que respetaran su memoria, no tenían reparos en insertar sus propias contribuciones a los escritos de Pablo, o en cambiarlos por completo. Los comentaristas casi contemporáneos de él tampoco veían mal atribuirle textos completamente nuevos. Según ha indicado el teólogo y filósofo Jean-Yves Leloup: «En el mundo antiguo, el concepto de propiedad literaria era radicalmente distinto al nuestro. Se consideraba que un autor que escribiera bajo el nombre de un apóstol estaba rindiendo homenaje a su predecesor, no cometiendo una falsificación».[2] Incluso en esos primeros años, la autenticidad de algunas de las epístolas de san Pablo fue puesta en entredicho. Por ejemplo, aunque fue incluida en el Nuevo Testamento, y aún sigue en

2. Leloup, *The Gospel of Philip*, p. 7.

él, la Epístola a los Hebreos fue reconocida como mínimo en el siglo IV como obra de otro autor.[3]

Pero ¿qué nos dicen las epístolas paulinas sobre Jesús y los primeros años del camino? ¿De dónde extrajo su información sobre su Señor? En seguida nos topamos con el problema del Jesús histórico en contraposición al Cristo de la fe. Ello se debe a que Pablo nunca conoció a Jesús. Su convicción de que Jesús era divino procedía no de lo que cualquier hombre dijera o hiciera, sino de las visiones y voces que experimentó después de la muerte de Jesús. Con lo que bien podría considerarse objetivamente como la insensatez de un caradura, o pura y simple arrogancia, Pablo creía que todos aquellos que habían conocido y seguido a Jesús, incluso los miembros de su propia familia y sus discípulos más cercanos —en concreto, Pedro—, estaban equivocados. Sólo él era poseedor de la verdad. No es de extrañar que esta actitud altiva y elitista provocara profundas divisiones en el seno de las comunidades cristianas.

Aunque el cristianismo, tal como lo conocemos, se basa sin duda alguna en la interpretación que hace Pablo de la misión de Jesús, esta misión requería desde el principio unas convicciones (una fe) en sus experiencias místicas, no sólo su famosa conversión en el camino de Damasco, sino también las voces y las visiones que según él seguían guiando sus actividades misioneras. Esta convicción perdura hoy en día en los cristianos evangélicos, que consideran los intentos por situar a Jesús en el contexto de los datos históricos como algo irrelevante, comparado con sus profundas e íntimas experiencias personales.

Sólo es posible aunar las trazas de la historia de la vida de san Pablo a partir de referencias esparcidas en sus epístolas y Hechos de los Apóstoles, la continuación del Evangelio de Lucas, que es, básicamente, la biografía de Pablo. Sin embargo, los Hechos fueron recopilados tres o cuatro décadas después de su muerte, y por tanto deben tratarse con precaución. Se han detectado contradicciones entre la información biográfica de los Hechos y los propios escritos de Pablo que muestran, como cabe

3. Eusebio, p. 66, *Historia Eclesiástica*.

esperar, que el autor de los Hechos ha embellecido su relato original, o tal vez incluso lo haya mitificado.

Pero también es posible reunir la historia de Pablo de la siguiente manera: nadie sabe cuándo nació ni la edad que tenía cuando emprendió su misión autoimpuesta. Los Hechos lo describen como un «hombre joven» (*neanias,* un adolescente) en el momento de las primeras persecuciones de seguidores de Jesús en Jerusalén, como mucho cinco años después de la crucifixión (pero, tal como veremos más adelante, es casi seguro que ese margen de tiempo fue mucho menor). Pero los Hechos de los Apóstoles contradicen esta afirmación al darle un papel preponderante en las persecuciones, que sólo podía tener si era un hombre adulto. Con todo, el periodo más activo de actividad misionera para Pablo, durante el cual escribió las epístolas, no empezó hasta finales de la década de los cuarenta del siglo I; luego desaparece de la historia a principios de los sesenta, época en la cual escribió sobre las penurias de la vejez. Es razonable suponer que tenía entre cincuenta y sesenta años cuando escribió estas últimas cartas, y por eso se podría datar su nacimiento entre el año 1 y el 10 d. C.

Pablo era judío de nacimiento y religión —de la tribu de Benjamín, según escribe— y se formó en las escuelas de los fariseos. Según los Hechos de los Apóstoles, también estaba orgulloso de su ciudadanía romana, que le otorgaba privilegios que a menudo invocaba. Los Hechos nos cuentan también que nació en Tarso, una próspera ciudad portuaria en Cilicia (en el sur de la actual Turquía), y que era curtidor —tratante de cuero—, un oficio importante y respetado en aquella época. Se había instalado en Jerusalén cuando empezó su historia.

Gracias a los Hechos sabemos que respondía a dos nombres, Saúl (que es de origen judío) y Pablo (que es romano), aunque al parecer él prefirió este último nombre en su etapa misionera, posiblemente porque «Pablo» lo acercaba a sus seguidores paganos. Los ciudadanos romanos solían tener tres nombres, el último era un apodo basado en su aspecto físico o en un rasgo distintivo de su personalidad. «Pablo» sólo tiene sentido como apodo, ya que significa «bajito». Nunca hemos sabido el nombre entero de Pablo.

Pablo reconoció que era un judío zelote, y al parecer se mudó de Tarso a Jerusalén para estar más cerca del templo de la ciudad, el corazón de la fe judía. Pero, al igual que la mayoría de los fanáticos, no deja de ser una paradoja que fuera tan fácil de convencer, puesto que eso fue lo que ocurrió. Cuando uno es extremista, lo es siempre, aunque no necesariamente sobre la misma causa.

El fanatismo de Pablo hacia el judaísmo le hizo oponerse radicalmente a la nueva secta creada por los seguidores de Jesús, que había suscitado la desaprobación de las autoridades judías en Jerusalén. Según Hechos —un dato que destaca por su ausencia en las epístolas—, Pablo estuvo involucrado en la ejecución del primer mártir cristiano, Esteban, aunque sólo en el sentido de que se quedó vigilando las capas de los que llevaron a cabo la lapidación. Después, Pablo se ofreció voluntario para emprender acciones represivas contra la nueva secta, y pidió incluso unas cartas de recomendación de la cúpula del templo para viajar hasta Damasco y Siria y traer de vuelta a Jerusalén a los cristianos que se habían trasladado hasta allí. Fue en ese viaje, o en la propia ciudad de Damasco, donde Pablo experimentó su espectacular y famosa revelación (en griego, un apocalipsis), es decir, una visión de Jesús a raíz de la cual Pablo pasó de ser el enemigo más acérrimo de Jesús a ser su mayor defensor.

Curiosamente, Pablo no proporciona detalles de su conversión en las epístolas, sólo dice que Dios eligió «revelar a Su Hijo en mí [o "a" mí] para que yo Lo anunciara entre los Gentiles».[4] Los Hechos cuentan la dramática historia de una luz cegadora que acompañó a la voz de Jesús, y Pablo se quedó ciego, aunque posteriormente fue curado gracias a un cristiano de nombre Ananías.

La revelación no pudo haberse producido antes del año 33 ni después del año 37 d. C. El propio Pablo asegura que no regresó a Jerusalén en tres años, durante los cuales viajó entre Arabia y Damasco. Él describe cómo, en su visita de regreso a Damasco, tuvo que descender con un cesto por la muralla de la ciudad para huir de la guardia del rey árabe nabateo Aretas IV. Este rey había arrebatado Siria del territorio palestino controlado por los roma-

4. Gálatas 1:16.

nos en el 36 d. C., y murió cuatro años después. No sabemos si Aretas reinaba en Damasco en el momento de la primera visita de Pablo, pero sin duda lo hacía al término de ese periodo de tres años, que por tanto debió de empezar en algún momento entre los años 33 y 37 d. C.

Pablo creía que había sido elegido por Jesús no sólo durante su viaje a Damasco, sino incluso antes de su nacimiento, con el fin de acercar el verdadero mensaje de Dios a los judíos y a toda la humanidad. Incluso la persecución de Pablo a los seguidores de Jesús formaba parte del plan de Dios, puesto que su cambio radical haría que su prédica en nombre del Señor ganara impacto. Él no sólo creía que había recibido instrucciones directas de Jesús sino, lo que es más importante todavía, que él tenía una plena y verdadera comprensión del mensaje de Cristo, incluso mayor que la que tuvieron sus allegados. Pablo se impuso la misión de llevar el evangelio —las «buenas noticias»— al mayor número de personas posible, y como era típico en él se volcó en este nuevo papel con la misma dedicación, si no mayor, con la que había emprendido sus persecuciones del pasado.

La esencia del mensaje de Pablo era que se acercaba el final. Para él, el propósito de Dios al enviar a Jesús a la tierra era poner en marcha una serie de sucesos que conducirían al final del mundo y al advenimiento del Juicio Final, que Pablo creía sin ninguna duda que tendría lugar en vida suya. Él predicaba la salvación a través de la muerte y resurrección de Jesús con pasión y sentido de urgencia, ya que creía que los verdaderos seguidores del camino, como él, pasarían el juicio de Dios y serían salvados. Pablo había emprendido una carrera para proclamar la buena nueva al mayor número posible de personas antes de que, literalmente, se agotara el tiempo. Tal como observó Ed Parish Sanders, el eminente erudito del Nuevo Testamento y autor de varios estudios sobre san Pablo:

> No hay dos elementos en el pensamiento de Pablo más certeros, o expresados con mayor coherencia, que su convicción en que la salvación plena de los creyentes y la destrucción de los impíos resulta inminente, así como su convicción análoga de que los cris-

> tianos eran poseedores del espíritu como garantía presente de la salvación futura.[5]

Así pues, aunque Pablo fue el fundador de la religión del cristianismo, esa no era realmente su intención. Si él hubiera sabido que una Iglesia global basada en sus ideas existiría al cabo de dos mil años, se habría sentido horrorizado, desilusionado e incluso abatido, puesto que esto habría destruido el fundamento mismo de su creencia. Lo que más le animaba y motivaba era el hecho de que no existiera un futuro. Así que nos encontramos con una gran ironía: la existencia misma de las iglesias cristianas invalida la base sobre la cual se fundó la religión.

Pero ¿puede Pablo ilustrarnos acerca de Jesús? En realidad, apenas recibimos información sobre él a través de Pablo, a quien nunca le importó la existencia terrenal de su Señor. Como él contaba con su propia línea directa con Jesús y Dios, no tenía necesidad de otra cosa, y declaró con absoluta confianza: «Pues quiero que sepáis, hermanos, que el evangelio que fue anunciado por mí no es según el hombre. Pues ni lo recibí de hombre, ni me fue enseñado, sino que lo recibí por medio de una revelación de Jesucristo».[6] Para Pablo, la historia de Jesús empezó con su muerte en la cruz; todo suceso anterior era irrelevante.

Lejos de buscar a quienes habían conocido a Jesús en vida con el fin de conocer sus recuerdos, como haría cualquier hagiógrafo hoy en día, Pablo hizo todo lo posible para evitar el testimonio de cualquier testigo presencial, mostrando un desinterés por los relatos o escritos que hacían circular los compañeros de Jesús. Prácticamente la suma de todo lo que conoce Pablo —o lo que él considera importante— sobre la vida de Jesús está contenida en un único párrafo de la primera carta de los corintios:

> Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado, que resucitó al tercer día según las Escrituras, y que se apareció a Cefas [Pedro], y luego a los doce. Después se apareció

5. Sanders, *Paul, the Law, and the Jewish People*, p. 5.
6. Gálatas 1:11-12.

> a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales vive todavía, aunque algunos han muerto. Luego se apareció a Jacobo, más tarde a todos los apóstoles, y, por último, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí.[7]

Al inicio de esta misma carta se refiere a cómo Jesús fue traicionado —aunque no ofrece más detalles sobre esta cuestión— la misma noche que inició el ritual de la eucaristía, la ingesta y bebida mística del pan y el vino. En otros momentos se refiere a la crucifixión de Jesús, y en la primera carta a Timoteo habla de cómo fue juzgado por Poncio Pilatos, el gobernador romano de Judea (aunque esta es una de las epístolas de dudosa autenticidad).

Existen algunas omisiones fundamentales, y extraordinariamente importantes. Por ejemplo, Pablo nunca se refiere a la resurrección física de Jesús que los cristianos actuales consideran la piedra de toque de su fe. Aunque él resucitara el tercer día, se apareció a Pablo sólo en espíritu. Asimismo, nunca dice que Jesús nació de una mujer virgen.

La mirada de Pablo

Aunque Pablo nunca tuvo reparos en dar a entender que la suya era la misión más importante, sus cartas dejan claro que estaba compitiendo con otras variantes del nuevo movimiento, puesto que menciona a otros apóstoles que predicaban por todo el imperio, y que el camino había llegado incluso a Roma, aunque no por obra suya. Los mayores competidores del movimiento paulino eran algunos de los antiguos discípulos de Jesús —quienes, según los escritos cristianos posteriores, habían recibido instrucciones de Jesús en persona para que extendieran sus palabras y su obra— y su propia familia. Esta otra versión del cristianismo, que era radicalmente distinta a la de Pablo, se ubicaba en Jerusalén y era dirigida por el hermano de Jesús, Jacobo el Justo, así como por uno de los apóstoles más destacados, Pedro. Pero in-

7. 1 Corintios 15:3-8.

cluso este movimiento ya se estaba empezando a difundir más allá de las fronteras de Palestina.

La separación más importante entre el cristianismo paulino y el de Jerusalén es conocida hoy en día, pero curiosamente no fue hasta el año 1831 cuando el erudito alemán Ferdinand Christian Baur sugirió por vez primera que incluso los primeros cristianos sufrieron cismas y grandes desavenencias. Hasta entonces, a pesar de las evidencias que ofrece el mismo Nuevo Testamento, la idea aceptada era que sólo había existido un tipo de cristianismo que Jesús enseñó y al que los apóstoles, Pablo incluido, dieron continuidad.

Con increíble descaro, Pablo incluso se atreve a tildar de «falsos hermanos»[8] a los predicadores del «otro» Jesús, un apelativo sorprendente debido a su cercanía con Jesús, aunque tampoco trató de competir con ellos. Hizo un esfuerzo por evitar los lugares donde los otros apóstoles habían fundado sus misiones, declarando con un ligero tono provocador: «En efecto, mi propósito ha sido predicar el evangelio donde Cristo no sea conocido, para no edificar sobre fundamento ajeno.»[9]

Por lo poco que conocemos sobre el grupo de Jerusalén (casi por completo a partir de la descripción poco fiable de Hechos de los Apóstoles, con unos cuantos fragmentos de las epístolas de Pablo), sus miembros vivían en comunidad, compartiendo las propiedades y el dinero. Se veían a sí mismos como una secta dentro del judaísmo, no un movimiento escindido, seguidores de la ley judía y el culto al templo de Jerusalén. No obstante, las autoridades judías sentían recelo de estos disidentes, y a veces recurrían a acciones draconianas e incluso llegaron a ejecutar a los líderes del grupo —que es donde intervino Pablo—. No queda clara la razón exacta por la cual les desagradaban los cristianos de Jerusalén.

Puesto que los primeros archivos dejan entrever una actitud muy paulina, no hay modo de saber con absoluta certeza cómo los creyentes judíos consideraban a Jesús, pero evidentemente lo

8. P. ej.: 2 Corintios 11:26.
9. Romanos 15:20.

veían como el Mesías al que se referían los profetas de las escrituras judías, el rey divino que liberaría a su pueblo de la opresión. Pero Pablo predicaba una idea muy distinta en la que la muerte de Jesús se convertía en el punto central: él reconocía que cumplía los criterios establecidos por los grandes profetas judíos, según los cuales el Mesías sería reconocido, pero añadió que Dios había cambiado de opinión respecto a la naturaleza de esa función. Ya no era el emisario para liberar físicamente al pueblo judío, sino que su misión consistía en anunciar el Día del Juicio Final, el fin del mundo. Pablo creó el concepto de Jesús redentor.

Pablo proclamó que Jesús asumió voluntariamente forma humana y que se sacrificó en la cruz para redimir no sólo a la humanidad, sino a todo el cosmos, y de este modo su muerte se convertía en el eje central de la historia y la creación. Esta idea pasó a ser el fundamento doctrinal de la Iglesia cristiana.

Pablo también introdujo un cambio importante en el título de Jesucristo (*Christos*). Los Evangelios nos indican que sus seguidores inmediatos le llamaban «el Cristo» («*ho Christos*»), mostrando así que le consideraban como el Mesías de las profecías. Pablo omitió el artículo definido, y llamó a Jesús simplemente *Christos*, convirtiéndolo en su nombre —Jesucristo— posiblemente para reforzar su carácter único y alejarlo de cualquier interpretación judía de su misión.

Otra diferencia fundamental era que Pablo creía que las buenas noticias y la posibilidad de salvación que ofrecía el sacrificio de Jesús no eran reserva de los judíos, sino que estaban disponibles para cualquier hombre o mujer que aceptara su verdad. Esta diferencia fundamental entre la visión de Pablo sobre la religión y la de la comunidad de Jerusalén explica el debate recogido en las cartas sobre cuestiones de gran calado, como las leyes de Moisés y, por ejemplo, si los cristianos varones deberían ser circuncidados. Para Pablo, la fe en Jesucristo había sustituido a la aceptación de la ley como la «cualificación» para convertirse en uno de los elegidos por Dios.

La esencia de ser uno de los elegidos consistía en una unión mística entre el creyente y Jesús. Muchas autoridades aseguran que en esto Pablo estaba influenciado por las sectas de misterios

paganos del mundo romano y helénico, que él sin duda conocía, y que por eso tomó prestados conceptos de estas tradiciones.

La reinterpretación que hace Pablo de Jesús y la redefinición del mensaje para la población gentil del imperio significan que justo al comienzo de la religión cristiana se produjo una división fundamental entre una forma judaica de «jesusismo» basada en Jerusalén y una forma helénica o pagana. La relación a veces confusa entre ambas es uno de los problemas más recurrentes en el trasfondo de la identificación del Jesús histórico. Michael Goulder, catedrático de estudios bíblicos de la Universidad de Birmingham, resume en *A Tale of Two Missions* (1994) (la cursiva es suya):

> Hasta donde podemos remontarnos en el pasado (la década de los 40 [d. C.]) nunca ha existido una iglesia única y unificada. Existieron dos misiones a partir de la década de los 30: una dirigida desde Jerusalén, con Pedro y los hijos de Zebedeo a la cabeza, y después Jacobo, el hermano de Jesús, y otros miembros de su familia; la otra dirigida por Pablo, desde muy diversos centros. Las dos misiones aceptaron el significado supremo de Jesús, pero estaban en desacuerdo en todo lo demás: la validez de la Biblia, si el Reino de Dios había llegado o no, el sexo, el dinero, el trabajo, las lenguas, las visiones, las curaciones, la divinidad de Jesús y la resurrección de los muertos, por ejemplo. El Nuevo Testamento parece ofrecer un corpus de creencias unido y en desarrollo porque se trata de una *selección* de escritos; naturalmente, la selección fue hecha por la misión ganadora, es decir, la paulina, y es por esto que consta de las Epístolas de San Pablo (y sus seguidores) y de cuatro evangelios, dos de ellos ultrapaulinos y otros dos que tratan de tender puentes hacia Jerusalén.[10]

La opinión predominante hoy en día es que el movimiento fundado por Jesús era enteramente judío, y que Pablo lo «paganizó», creando así una religión que era muy distinta a la que había previsto su salvador. Según este punto de vista, los distintos avatares de la historia posibilitaron que la versión de Jerusalén

10. Goulder, pp. ix-x.

quedara anulada por los romanos al término de la revuelta judía en el año 70 d. C., cuando la población fue asesinada o esclavizada. No obstante, la historia es mucho más compleja.

Para empezar, los cristianos judíos parecen haber sobrevivido a la caída de Jerusalén. En el siglo II, los padres de la Iglesia condenaron como hereje a la secta cristiana de los ebionitas (del arameo *ebionim*, «los pobres»), quienes interpretaron la vida y misión de Jesús como las del Mesías judío. Los ebionitas —quienes seguían siendo condenados al cabo de dos siglos— fueron posiblemente los fieles que quedaron de la Iglesia de Jerusalén (en una ocasión, Pablo describe al grupo, dirigido por Jacobo el Justo, como «los pobres»).

La idea de que el cristianismo era totalmente judío hasta que Pablo intervino y lo «paganizó», creando así una religión muy distinta a partir de lo que había sido otra secta judía más, es sin duda alguna una simplificación. También lo es el concepto de que el cristianismo embrionario se bifurcó en dos ramificaciones: en realidad, había otras muchas formas que competían sobre el mismo territorio. El propio Pablo advirtió en contra de aquellos que predicaban «otros Jesuses».[11]

Pablo no fue el único en helenizar el movimiento de Jesús al favorecer una interpretación pagana de la divinidad. Durante los primeros años del cristianismo, existió una próspera comunidad helénica-cristiana en Antioquía (la tercera ciudad más importante del Imperio romano después de Roma y Alejandría), a la que Pablo se unió pero que no fundó. Esta comunidad eligió no observar la ley judía, especialmente las normas relativas a la dieta, lo cual generó grandes tensiones entre ambas, un alejamiento de la ley que no se debió a Pablo, pero que ya se convirtió en todo un rasgo definitorio de la comunidad.[12]

Los otros apóstoles contra los que advierte Pablo estaban predicando tanto la versión judía como las otras versiones helenizadas, pero también sabemos a partir de los Hechos que había

11. 2 Corintios 11:4.

12. Véase Sanders, *Paul, the Law, and the Jewish People*, p. 207; A. N. Wilson, *Paul,* pp. 113-118; Goulder, pp. 1-5.

«apóstoles» difundiendo no la palabra de Jesús, sino la de Juan el Bautista. Así que había cuatro categorías de proselitismo misionero en el imperio: la versión judía, Pablo y los que seguían su forma de revelación, otros que también le añadieron un toque helénico, y los seguidores de Juan el Bautista. Era una mezcla muy nutrida, caótica y precipitada, inspirada en los sucesos que habían ocurrido en pocos años y en un rincón lejano del imperio.

El hecho de que el movimiento fundado por Jesús se escindiera tan pronto en grupos judíos y helénicos indica una ambigüedad importante. Si Jesús había sido completamente judío, como muchos aseguran, predicando sólo para los judíos, ¿por qué la comunidad de Antioquía, de claras inclinaciones no judías, surgió en una etapa tan temprana? Por otro lado, si Jesús no se había dirigido a los judíos ni se había mostrado (tal como muchos sostienen) explícitamente crítico de su religión, ¿entonces por qué otros miembros de esa primera generación erigieron su culto en torno al templo de Jerusalén?

Mateo, Marcos, Lucas y Juan

Aunque a Pablo no parecía importarle la biografía del hombre Jesús, las historias sobre los hechos y las palabras de Jesús circularon entre sus seguidores, sin duda en forma oral y tal vez por escrito. De ello podemos estar seguros, pero sabemos poco más. Estos relatos sobre él acabaron convergiendo en textos escritos, y, a partir de estas fuentes, algunos fueron seleccionados por su mayor autenticidad, reconocida en su momento por la Iglesia como los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento cristiano. Otros muchos escritos fueron prohibidos, algunos cayeron en desuso y otros fueron tolerados dentro de los relatos oficiales. Nadie sabe cuántos otros evangelios circulaban en esos primeros años, aunque Lucas empieza con la afirmación de que «muchos» de sus antecesores ya habían dejado constancia escrita de las obras de Jesús.

Los evangelios atribuidos a Mateo, Marcos, Lucas y Juan, respectivamente, son las fuentes primarias de información sobre la vida de Jesús que conocen la mayoría de los cristianos practi-

cantes en la actualidad. Pero fueron compuestos varias décadas después de la muerte de Jesús por hombres que no lo habían conocido en vida.

Si bien los autores utilizaron material que había circulado en esos primeros años, les llegó mezclado con otras fuentes menos fidedignas. El problema más acuciante al que se enfrenta cualquier detective bíblico radica en saber identificar los elementos de fantasía para poder llegar a las anécdotas de las personas que realmente habían conocido a Jesús y lo habían visto en acción.

El proceso de selección que permitió la elaboración del Nuevo Testamento implica que hay mucho material que se ha perdido por el camino. No hay modo de saber a ciencia cierta si las personas que seleccionaron estos textos de los libros —un proceso que terminó tres siglos después de que Jesús viviera, cuando el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio romano— hicieron una elección acertada.

Aparte de las pocas obras que no se desviaron demasiado de la versión autorizada por la Iglesia y que se toleraron como «apócrifas», para la mayor parte de la historia cristiana el hecho de que existieran fuentes de Jesús fuera del Nuevo Testamento era conocido por muy pocos. Los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento eran la fuente preeminente e incuestionable de información, aunque en los últimos dos siglos los estudiosos han reconocido que existieron fuentes que tenían el mismo peso que los Evangelios. Y lo que es aún más escandaloso, es sólo en décadas recientes cuando esta información se ha hecho pública —gracias en parte a libros muy populares pero ridiculizados como *El enigma sagrado* y *El código Da Vinci*.

A pesar de los intentos por parte del clero y de algunos académicos de defender lo contrario, lo cierto es que al menos algunas de estas otras fuentes demuestran ser tan válidas como los evangelios elegidos para ser incluidas en el Nuevo Testamento. Pero primero fijémonos en los cuatro famosos libros, y en Hechos de los Apóstoles, que aborda los sucesos que tuvieron lugar después de la resurrección de Jesús tal como fueron escritos por el mismo autor del Evangelio de Lucas, y que es básicamente una continuación.

Para comprender la composición de los Evangelios, primero debemos tener en cuenta dos sucesos cruciales y traumáticos de finales del siglo I. Pablo desaparece de la historia, de un modo un tanto misterioso, a principios de la década de los sesenta del siglo I, y Hechos termina con él en Roma esperando una audiencia del emperador Nerón para recurrir las acusaciones vertidas contra él en Judea. Según la tradición, él y Pedro fueron martirizados en el año 64, durante el primer trauma, las primeras persecuciones de cristianos en Roma ordenadas por Nerón.

El segundo elemento traumático fue la revuelta judía de los años 66-70. Un levantamiento organizado por judíos nacionalistas había logrado expulsar a los romanos de buena parte de Palestina. Evidentemente, el imperio envió al ejército para recuperar la provincia, y aunque los judíos conservaron Jerusalén durante cuatro años, tras un amargo asedio las tropas romanas saquearon la ciudad sin contemplaciones. El templo, el centro de la religión judía, quedó completamente destruido.

La caída de Jerusalén y la destrucción del templo marcaron un momento de inflexión para judíos y cristianos. Muchos creían que era el fin de la Iglesia de Jerusalén y el triunfo, por defecto, del cristianismo predicado por Pablo. Aunque la Iglesia de Jerusalén sobrevivió probablemente a los ebionitas, su autoridad quedó muy mermada.

Asimismo, también cambió el modo en que los cristianos se veían a sí mismos y su imagen pública. Se dieron cuenta de que para sobrevivir tenían que distanciarse de los judíos rebeldes, que para entonces eran el enemigo de Roma. Los Evangelios fueron tomando forma en este contexto.

Los cuatro libros dan forma y contenido a los escasos detalles de la vida de Jesús que encontramos en las epístolas de san Pablo. Nos cuentan la conocida historia del hombre nacido de una virgen, alguien que viajó por todo el territorio palestino bajo el dominio romano obrando milagros, curando a los enfermos y predicando. Al final fue arrestado en Jerusalén y crucificado, pero se cree que resucitó de los muertos y que, después de aparecerse a sus discípulos, ascendió a los cielos.